

— Todo propende, dijo Carlos, á disculpar al duque de Buckingham de una acusación tan desatinada: la declaración del enano se pierde en las nubes, la de los dos Peverils nada dice contra el duque, y la de la muda comprueba que de modo ninguno es culpado. Me parece millores que debemos concluir se halla descargado de una sospecha verdaderamente demasiado ridícula, y que por lo mismo no merece se tome una justificación mas formal que esta aunque la hemos tomado de prisa.

Arlington inclinó la cabeza para indicar que era del mismo dictamen; pero Ormond creyó deber dar el suyo.— Señor, dijo, yo perdería mi reputación en el concepto de un hombre como el duque de Buckingham, si dijera que me doy por satisfecho con las explicaciones dadas. Pero cedo al espíritu del tiempo, y conozco que sería peligroso poner en juicio á un protestante celoso como Su Señoría, sobre tales fundamentos de acusación como los que se han podido averiguar.... Si fuera católico, sospechoso por tantas circunstancias, hubiera sido para él una prisión muy honrosa la Torre.

Buckingham saludó al duque de Ormond de un modo que parecía amenazarle, sin que su triunfo mismo pudiera disimularlo. — *Tu me la pagherai* *, dijo, manifestando el odio mas grande. Pero el viejo Irlandés que se había burlado no pocas veces de su enojo, se inquietaba muy poco por verse otra vez expuesto.

Habiendo hecho seña el rey para que los demás señores presentes pasaran á los cuartos donde concurría el público, detuvo al duque de Buckingham, que trataba de seguirlos; y llevándole á un lado, le preguntó con un tono tan expresivo que le hizo salir el color hasta en lo blanco de los ojos, desde cuando su servicial amigo el coronel Blood se había hecho músico. — ¿No habla Vuestra Señoría palabra? No intento negar este hecho, porque es imposible olvidar la fisonomía de este malvado con solo haberle visto una vez. De rodillas, Jorge, de rodillas, y reconozca el abuso tan criminal que ha hecho de mi genio bondadoso. No hay que buscar excusa: ninguna puede favorecerle. Yo mismo le he visto y conocido entre los músicos

* Tú me la pagarás. — TRAD.

alemanes como dice, y Vuestra Señoría sabe muy bastante lo que yo debo inferir de todo.

— Crea, pues, Vuestra Magestad que he sido culpable, muy culpable, señor, exclamó el duque impelido por su conciencia y echándose á los pies de Carlos, los malos consejos me han extraviado; yo he sido un loco; crea Vuestra Magestad cuanto guste; pero no crea que haya yo sido autor ó cómplice de algun atentado contra la persona de Vuestra Magestad.

— No sospecho tal cosa. Todavía veo en vm. á Villiers, el compañero de mis peligros y mi destierro; y lejos con mucho desospechar intenciones mas criminales que las confesadas ahora, creo aun que confiesa mas de lo que quiere.

— Por todo lo que hay de mas sagrado, señor, si mi fortuna, mi vida, mi honor, no hubieran estado á la merced de ese malvado Christian....

— ¡ Ah! si volvemos á poner ese Christian en la escena, ya es tiempo que yo desaparezca de ella. Levántese vm. Villiers, que yo le perdono. Impondréle una penitencia, la maldicion que hubiera pronunciado vm. mismo contra un

perro que le ha mordido. Cásese vm., y retírese á una de sus tierras.

Levantóse el duque como abatido, y fué con el rey á los aposentos donde estaba reunida toda la corte. Carlos entró apoyada la mano en el hombro del duque, y hablándole con tanta afabilidad, que la mayor parte de los cortesanos, aun los mas finos observadores, dudaron que hubiese algun fundamento en el rumor injurioso que comenzaba á esparcirse contra Buckingham.

La condesa de Derby se habia aprovechado de este intervalo, para consultar con el duque de Ormond, los dos Peverils y algunos otros amigos; y, segun el parecer unánime de todos, se dejó persuadir, aunque con mucha dificultad, de que habia defendido en la debida forma el honor de su casa mostrándose así en la corte, y que lo mejor que podia entonces hacer era volver á su isla, sin llamar mas sobre ella el resentimiento de una faccion poderosa. Despidióse pues del rey, y le pidió el permiso de llevar consigo á la pobre criatura sin apoyo, que habia dejado la isla de Man de un modo tan extraño,

y á quien su desgraciada situacion exponia á padecer toda clase de infortunios en un mundo donde se veria sin proteccion.

— ¡Me perdonará Vuestra Señoría, condesa? dijo Carlos. Hice un estudio largo del sexo mugeril, y estoy muy engañado, si esta joven no es capaz de manejarse por sí misma tan bien como cualquiera de nosotros.

— ¡Imposible! dijo la condesa.

— Tan posible como cierto, respondió el rey en voz baja; y yo la convenceré del hecho, condesa, aunque la experiencia sea muy delicada de hacerse no siendo por Vuestra Señoría. Allí está, al parecer tan sorda como la columna de marmol en que se recuesta. Pues bien, si gusta lady Derby probar á poner la mano junto al corazon de la joven doncella, ó al menos en el pulso, de modo que sienta la pulsacion redoblada de las arterias, cuando experimente alguna agitacion, y que Vuestra Señoría, duque de Ormond, haga retirar á Julian Peveril bajo cualquier pretexto, yo probaré que hay sonidos que pueden conmovérle.

La condesa, muy sorprendida, temiendo alguna chanza chocante de parte del rey, y no pudiendo con todo reprimir su curiosidad, fué á ponerse junto á Fenella, nombre que daba ella á su mudita, y, conversando con ella por señas, logró ponerle la mano en el pulso.

A este tiempo pasó cerca de ambas Carlos y exclamó:— ¡Qué crimen tan horrible! Ese malvado Christian acaba de dar de puñaladas á Julian Peveril.

La pobre muda que alargaba el pulso, saltó como si hubiese resonado un cañon al oido de la infeliz muchacha, y dió un grito dolorido tan grande que se estremeció el buen monarca, y casi llegó á sentir haber hecho la prueba. — Es una chanza, hija mia, dijo: Julian está bueno, no hice mas que servirme del talisman de un dioscito ciego llamado Cupido, para dar á una de sus vasallas, sorda y muda, el uso de sus facultades.

— ¡Me he vendido! dijo ella con los ojos bajos, me he vendido, y era justo que quien pasó su vida en vender á los demas, se dejase atrapar en sus propias redes. ¿Pero donde está mi

maestro de maldades? ¿Donde está ese Christian, que me ha hecho hacer el papel de espía para con esta señora demasiado confiada, casi al punto de ponerla entre sus manos sangrientas?

— ¡Oh! ¡oh! dijo el rey, esto requiere un examen mas secreto. Los que no tengan interés directo en este negocio pueden salir de este cuarto, y que venga luego luego ese Christian. — ¡Miserable! exclamó él al punto que le vió, descúbreme al instante todas las astucias de que te has valido, y los medios extraordinarios que has empleado.

— ¡Me ha descubierto ella! dijo Christian, me ha entregado á las prisiones y á la muerte por satisfacer una pasion loca, una pasion sin esperanza! pero sepa vm. Zarah, continuó mirándola sombrío, sepa vm. que si me conduce á la muerte asesina vm. á su padre.

Miróle la desdichada joven agitada sin poder responderle. — Vm. me habia dicho, exclamó ella por fin, que yo era hija de su hermano de vm. muerto por orden de esta señora.

— Era para empeñar á vm. á representar el

papel á que la destinaba yo en el drama de mi venganza, tanto como para ocultar lo que los hombres llaman la ignominia de su nacimiento de vm.; pero de cierto, es vm. hija mía, y del clima oriental bajo el que nació su madre ha recibido vm. esas pasiones indómitas de que yo he procurado aprovecharme, pero cuyos torrentes, abriéndose otra madre causaron la pérdida de su padre de vm. ¿Sin duda me van á llevar á la Torre?

Habló así con el mayor sosiego, y sin hacer alto al parecer de la desesperacion de su hija, que se habia postrado á sus pies llorando y sollozando.

— Eso no puede ser, dijo el rey, movido de compasion por esta tierna escena. Christian, si te avienes á dejar este pais, en el Támesis hay un navío que debe dar á la vela para la Nueva Inglaterra. Ve con tus intrigas á otros climas.

— Yo podria muy bien apelar de esta sentencia, dijo Christian con audacia, y si me someto á ella, es porque tenia resuelto partir al mismo punto. Con media hora mas hubiera yo logrado que me pagase esta muger soberbia lo

que me debe, pero se declaró contra mi la fortuna. Levántate Zarah que ya no te llamas Fenella, dí á la condesa de Derby que si la hija de Eduardo Christian, la sobrina de la víctima que ella asesinó, se ha humillado hasta entrar á servirla, era solo con la esperanza de vengarle, frustrada por desgracia. Tú debes conocer ahora tu locura. Tú querias ir tras un joven ingrato, abandonar cualquier otro pensamiento para lograr la mas leve señal de atencion; y al presente, mira como estás desecheda, proscripita, despreciada é insultada por los que hubieras podido tener á tus pies, si te hubieses conducido con mas prudencia. Nada importa, con todo eso, siempre serás mi hija. Ven conmigo, que otros astros hay ademas de los que brillan en la Gran-Bretaña.

— Detenedle, exclamó el rey. Es preciso que nos diga como ha entrado su hija en nuestras cárceles.

— Pregunte Vuestra Magestad á su carcelero protestante, dijo Christian, y á sus pares muy protestantes, quienes, para tener un conoci-

miento exacto de lo que se llama conspiracion de los papistas, han buscado medios de acercarse á los presos de dia ó de noche. Si Vuestra Magestad quiere hacer una informacion sumaria sobre esto, Su Señoría el duque de Buckingham podrá ser de mucha importancia en el caso.

— Christian, le dijo el duque, tú eres el hombre mas malo y mas sin vergüenza que ha existido sobre la tierra.

— Ciertamente, exceptuando ciertos pares, respondió Christian. Y al decir esto se retiró con su hija.

— Anda tras él, Selby, dijo el rey, y no le pierdas de vista hasta que se haga el navío á la vela. Si tiene la osadía de presentarse en Inglaterra, será con su riesgo. ¡Ojalá que pudiéramos desembarazarnos tan bien de otras gentes no menos peligrosas que este! Y me alegrara tambien, añadió poco despues, que se acabaran todas nuestras conmociones políticas, con el sosiego que ha concluido este asunto. Aquí tenemos una conspiracion que no ha cos-

tado ni una gota de sangre, junto con los elementos todos de una novela, sin su desenlace ordinario. Tenemos aquí una soberana errante, perdone Vuestra Señoría, dijo á la condesa, un enano, una maga de Mauritania, un malvado incapaz de arrepentirse, un gran señor contrito y penitente, y por conclusion ni horcani boda.

— No faltará tal vez la boda, señor, dijo la condesa que habia podido hablar un poco con Julian Peveril en la misma noche. Hay cierto mayor Bridgenorth, cuya intencion era quedarse en Inglaterra, para someterse á las persecuciones que Vuestra Magestad mandase hacer sobre el negocio concluido poco ha, pero que, si su real voluntad es que no se haga ninguna, tiene intencion, como estoy informada, de ausentarse del pais para siempre. Este Bridgenorth pues se halla en posesion legal de casi todos los antiguos dominios de la familia de Peveril, y quiere devolverlos á sus antiguos propietarios, añadiéndoles otros bienes considerables, bajo la condicion de que nuestro joven Peveril se case con una sola hija que tiene el tal mayor.

— Por vida mia, dijo el rey, es preciso que la muchacha fuese muy fea para que Julian necesitara que se instase mucho para convenir en el trato.

— Se quieren ambos como dos amantes del siglo pasado, dijo la condesa; pero al anciano caballero no le acomoda la idea de alianza con una Cabeza Moronda.

— Nuestra recomendacion real arreglará todo eso, dijo Carlos, ha perdido tanto sir Geoffrey Peveril por nuestro servicio, que no es posible se niegue á considerar nuestra intercesion, cuando tiene por objeto indemnizarle de todas sus pérdidas.

Se puede suponer que no hablaba el rey de este modo, sin conocer el ascendiente sin limites que tenia en el corazon del caballero; porque un mes despues se tocaron y voltearon las campanas de Martindale-Moultrassie, para celebrar la union de dos familias, cuyos dominios habian dado el nombre á este pueblo, y el fanal de la torre del castillo despidió una luz que se difundió por los valles y por enci-

ma de las montañas, convidando para que concurrieran á las fiestas los de veinte millas á la redonda.

FIN DEL TOMO QUINTO Y ULTIMO.

CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de as